

encontramos un horizonte donde sentirnos encajados y un instrumento técnico para situar y colocar ordenadamente los problemas, los pensamientos. «El camino —escribe Zambrano— ordena el paisaje y permite moverse hacia una dirección.» Y se lamenta: «¡Cuántos saberes resultado de una vida de brega con las pasiones habrán quedado en el silencio por falta de horizontes racionales en qué encajarse, por falta de coordenadas adecuadas a qué referirse!»

Claro y profundo, el ensayo concluye manifestando lo atractivo que sería ir descubriendo el alma bajo aquellas formas en que ella sola ha ido a buscar su expresión, dejando aparte por el momento lo que ha dicho el intelecto acerca del alma que cae bajo él. María Zambrano recupera a Pascal cuando dice: «Descubrir esas razones del corazón, que el corazón mismo ha encontrado, aprovechando su soledad y abandono».

Defender la soledad

«Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable, en que, precisamente, por la lejanía de toda cosa concreta se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas.» Así comienza el ensayo titulado «Por qué se escribe», el primero que María Zambrano se atrevió a publicar en la *Revista de Occidente*, hace cincuenta y cinco años. En 1933, escribir es ya para ella un acto de fe, y como toda fe, de fidelidad. Porque el escribir pide la fidelidad antes que cosa alguna. Ser fiel a aquello que pide ser sacado del silencio. «Una mala transcripción —comenta—, una interferencia de las pasiones del hombre que es escritor destruirán la fidelidad debida. Y así hay el escritor opaco, que pone sus pasiones entre la verdad transcrita y aquellos a quienes va a comunicarla.» La fidelidad exige la purificación de las pasiones, que han de ser acalladas para hacer sitio a la verdad. La verdad necesita de un gran vacío, de un silencio donde pueda aposentarse. El escritor necesita acallar sus pasiones y, sobre todo, su vanidad. Vanidad que define como «una hinchazón de algo que no ha logrado ser y se hincha para recubrir su interior vacío». La fidelidad crea solidez e integridad porque se apoya en lo que es verdadero, en lo que es verdad.

«Y esta verdad —concluye Zambrano— es lo que ordena las pasiones, sin arrancarlas de raíz, las hace servir, las pone en su sitio, en el único desde el cual sostienen el edificio de la persona moral que con ellas se forma, por obra de la fidelidad a lo que es verdadero.»

La autora ve en la función del escritor una gran trascendencia, porque lo que se publica es para algo y para alguien; para que el lector viva de otro modo después de haber leído; para librar a alguien de la cárcel de la mentira, o de las nieblas del tedio, que es la mentira vital.

Aclararse y ayudar a que los otros se aclaren, ha sido y es una constante en toda la obra de la que ha sido considerada como la metafísica número uno de nuestro siglo. Ya en los años treinta escribía: «Filosofía, Poesía y Religión necesitan aclararse mutuamente, recibir su luz una de otra, reconocer sus deudas, revelar al hombre medio asfixiado por su discordia, su permanente y viva legitimidad; su unidad originaria».

Siempre el corazón

Desde sus primeros escritos María Zambrano habla de la metáfora como la función de definir una realidad inabarcable por la razón, pero propicia a ser captada de otro modo. Y a partir de ahí comienza a hablarnos de «la visión del corazón», algo que es para ella columna vertebral, tanto en su vida como en su obra.

Corazón: esa víscera secreta y delatora. «Su historia —dice— muestra altibajos más grandes que la razón.» La razón, aunque ligada a un órgano fisiológico, el cerebro, no consiste en él. «El corazón —insiste Zambrano— no sabemos exactamente qué hace en la vida psíquica; si hace algo es tan apegado a él, que no se aleja como el pensamiento del cerebro del que, a pesar de todos los intentos del paralelismo psicofisiológico, anda tan desprendida.»

En el fragmento que titula «La metáfora del corazón», su autora destaca que lo primero que sentimos en la vida del corazón es su condición de oscura cavidad, de recinto hermético. Pero se trata de la entraña, de la víscera más noble porque lleva consigo la imagen de un espacio, de un dentro oscuro, secreto y misterioso que, en ocasiones, se abre. Y ese abrirse es su mayor nobleza.

Interioridad abierta; pasividad activa. Así considera que es la vida primera del corazón: «Suprema acción de algo que sin dejar de ser interioridad, la ofrece en un gesto que parece podría anularla, pero que sólo la eleva. Se ofrece por ser interioridad y para seguirlo siendo. Y esto: interioridad que se ofrece para seguir siendo interioridad, sin anularla, es la definición de la intimidad».

Al mirar con detenimiento los treinta y cinco primeros años de vida del siglo XX, Zambrano reconoce que los encuentra llenos de ciencia y de conocimiento puro, y de conocimiento aplicado a técnicas y a la fabricación de instrumentos. Pero pobre, inmensamente pobre, de todas las formas activas, actuantes, del conocimiento. «Y entendemos por activas —dice— las que nacen en el anhelo de penetrar en el corazón humano, las que se encargan de difundir las ideas fundamentales para hacerlas servir como motivos de conducta en la vida diaria del hombre vulgar.» Porque la vida necesita del pensamiento, de convicciones claras, de «saber a qué atenerse», como decía Ortega y Gasset.

La persecución de lo útil no es suficiente, y así nos lo comunica una, otra y muchas veces: «Porque no basta nacer una vez y moverse en un mundo de instrumentos útiles. La vida humana reclama siempre ser transformada, estar continuamente convirtiéndose en contacto con ciertas verdades».

Sutilísimas apreciaciones

Después de leer y releer los diecisiete ensayos cortos que forman el volumen que comentamos, vemos que su autora se esfuerza incesantemente por unir la dispersión, su actividad quiere ser comunicante, activa y transformadora. Saber de la vida es descubrir su unidad. La vida no tiene por sí unidad, a lo menos no se nos hace visible, y ésta es la mayor de las congojas y de las confusiones.

María Zambrano está convencida de que la vida no puede ser vivida sin una idea. «Mas esta idea —dice— no puede tampoco ser una idea abstracta. Ha de ser una idea informadora, de la que se derive una inspiración continua en cada acto, en cada instante; la idea ha de ser una inspiración.»

En la vida descubre dos condiciones últimas, que son la aceptación y la resistencia, es decir, que la vida ha de estar abierta para aceptar y, a la vez, ha de ser fuerte para resistir. La aceptación la lleva a entrar en acción y movimiento, en transformación perenne. La resistencia, a perseverar, en cierto canon o medida. La primera es acción incesante; la segunda es conservación.

Sus sutilísimas reflexiones acaban en una conclusión contundente: «Toda vida, aun la más activa, tiene necesidad de andar encerrada en una forma, y sólo dentro de ella se hace actuante. Lo informe es también inactivo y estéril». Y añade: «La forma de su vida es la forma o manera de vivir, de su ética, de su estética, de la cultura a la que pertenece».

El perplejo no ve

Zambrano observa que también hay otros seres más individualizados que, además del módulo de la cultura, de la clase y de la situación social, exigen por su mayor conciencia y capacidad, por su mayor energía vital, de otro individualismo. «La vida de estos seres —dice— será una alternativa de gracia y angustia, de transparencia y confusión, que sólo ellos sabrán resolver.»

Finalmente, existen otros seres en quienes la transparencia de la forma tradicional no basta y a quienes el personaje individual que sólo ellos pueden descifrar, no les ha visitado. A estos últimos la filósofa los llama «perplejos»: «Son los perplejos, los que andan sin transparencia y sin resistencia, sin acción posible por falta de personajes, por falta de fantasía creadora y por exceder su posibilidad del canon común de lo anónimo. Alguien sin definición precisa y que anda en su busca». «Son esas criaturas —añade— colocadas sobre el nivel común de los que reproducen anónimamente una cultura en su forma tradicional, y que no han sabido por sí mismos lograr la unidad de su vida. Son los que están aparte de todos y no llegan a ser únicos.»

Los perplejos necesitan guía, porque como dice María Zambrano, «anda perplejo no el que no piensa sino el que no ve». Y el pensamiento no cura, sino todo lo contrario, ya que por su misma riqueza puede producir la perplejidad. «La visión —concluye—, la visión de la propia vida en unidad con lo demás, es la que cura la perplejidad.»

Podríamos seguir comentando con entusiasmo creciente cada uno de los diecisiete ensayos que forman el volumen *Hacia un saber sobre el alma*, pero pienso que parándonos aquí es suficiente para animar a una meditada lectura de este libro, que es lo que me parece realmente importante.

El magisterio ausente

Hace algunos años, en 1984, se celebró en Almagro un seminario dedicado al pensamiento de María Zambrano. En la presentación, Jesús Moreno se lamentaba cargado de razón: «... puede decirse que ha sido el magisterio ausente, el magisterio que ha faltado en el pensamiento español de la segunda mitad del siglo veinte».

Aranguren la define como «una excelente discípula heterodoxa de Ortega y Gasset», y señala que la gran distancia que separa a María Zambrano de todos los demás orteguianos es su tratamiento del lenguaje.

«No hay duda —dice— de que su maestro Ortega y Gasset pensaba muy bien las palabras, creía mucho en el vehículo mismo de las palabras en cuanto comunicación de sus ideas, pero yo diría que de todos modos había una cierta distancia interior entre la palabra y la idea en Ortega, que lo que hacía era, por decirlo así, poner música o retórica, esa retórica modernista, a las ideas, y que por lo mismo hoy podríamos concebir una nueva versión orteguiana con otra música, con otra retórica distinta de la de Ortega. Mientras que con María Zambrano eso no es posible, porque las palabras y las ideas están mucho más íntimamente unidas en María Zambrano que en Ortega.»

Frente a la razón racionalista, Zambrano defiende otra vía de conocimiento, una sabiduría que es a la vez intuición, experiencia dolorosa y gozosa de la vida y poso de un saber originario y ancestral. Una sabiduría telúrica, ingenua, una sabiduría del amar y del padecer que no puede radicarse metafóricamente en el cerebro, sino en el corazón.

Como tantos otros nos preguntamos, ¿cuáles han sido las causas del silenciamiento de su pensamiento durante largos años?, y respondemos con la autorizada opinión del profesor López Aranguren, a quien la explicación de «una conspiración de silencio» le parece «un poco exagerada». No cree que nadie en particular haya fijado su antipatía u odio sobre María Zambrano, «lo que ocurre —dice— es que por desgracia sus colegas no le han dado la importancia que merecía. Más que una conspiración de silencio respecto a alguien a quien se vitupera, se rechaza o se teme, lo que ha ocurrido es que ha habido una desidia o desinterés por el pensamiento de María Zambrano, por parte de sus mismos colegas.»

Filosofar de oído

En el transcurso de los últimos años, conocidos personajes del mundo de las letras se han ido destapando como abiertos admiradores de la filósofa española en el exilio desde 1936.

Jesús Moreno, consumado zambranista, comenta de su filosofía: «... diálogo del corazón y del pensamiento, diálogo silencioso del alma consigo misma, por el que inteligencia y corazón unidos forman ese ser que late, que alienta, capaz de manifestar al ser que es vida y vida vivificante».

Fernando Savater cuenta que en el transcurso de una conversación con María Zambrano, ésta le dijo: «Ya sabes que yo soy del oído», y él añade: «Ella filosofa de oído frente a la filosofía visual, paisajística, teórica, de nuestra tradición sorda. Ella no compone teorías sino que pone voz al devenir de lo que escucha».